

Polonia: Walesa no era infalible

LA derrota personal de Walesa el 19 de noviembre, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, es al mismo tiempo una derrota de todas las organizaciones en otro tiempo vinculadas a «Solidarnosc», que sólo después de la primera vuelta se decidieron por apoyar la reelección de Walesa.

También la Iglesia católica pertenece a los derrotados, pues se ha demostrado una segunda vez (la primera tuvo lugar en las legislativas de 1993) que la conducta electoral de los polacos no se corresponde con el registro de bautismos. Los obispos habían puesto en el platillo todo el peso de su autoridad moral para evitar que fuera elegido un presidente postcomunista y ateo. Han perdido. Esto nos merecerá unas líneas más adelante. Pero antes es preciso desmontar sin violencia el mito Walesa.

Los pecados políticos de Walesa

EN realidad, la leyenda de Walesa se había ido deteriorando mucho antes de estas elecciones presidenciales. Ya hace cinco años que se habían separado de

él sus apoyos de la primera hora, ahora crecientemente divididos.

La sobreestimación propia, y la infravaloración de las diferencias políticas de los grupos de «Solidarnosc» de cara a la formación de un bloque electoral contra la herencia comunista, le condujeron a una situación que la inexperiencia o su carácter áspero no supieron comprender.

Como consecuencia, la mayoría de los partidos otrora pertenecientes al tronco de «Solidarnosc», muy divididos, fueron incapaces de superar por sí solos el listón del 5 por 100 requerido para estar presentes en el Parlamento del 93. ¿Qué había ocurrido?

Simplemente, que los sucesivos gobiernos de la presidencia Walesa, no emprendieron las reformas estructurales indispensables: la llamada «privatización de las masas», el control parlamentario de la designación de altos cargos (ministro de Finanzas, Policía), la modernización del Estado, la reforma de las circunscripciones, la descentralización administrativa. Walesa quiso configurar el país a su imagen y semejanza con la ingenua creencia de que con el poder presidencial en la mano, todo era posible. No lo era y además no estaba ya en posesión de la verdad como cuando luchaba por los derechos ciudadanos contra el comunismo.

DE hecho, la vida política de estos cinco años ha estado centrada en una sorda lucha de competencias entre gobierno y presidente, entre Parlamento (Sejm) y presidente. Si a esto se añaden el revanchismo y la depuración política que, en un país donde la cualificación profesional es escasa, eliminó a muchos funcionarios competentes sólo por haber pertenecido al Partido Comunista, se comprende que en el estamento político y también en el pueblo comenzara un proceso de desencanto y descomposición que atacó directamente a los sucesivos gobiernos (Mazowiecki, Suchowska, Pawlak, Olewski), e indirectamente al propio presidente que los había nombrado.

Chocó Walesa con los militares —por lo demás bien dispuestos a entrar por las pautas de la OTAN— sólo porque

también en el terreno de lo militar deseaba poderes casi dictatoriales. Llevado de esta deformación llegó a desear —asómbrese el lector— que se creara en los países del Este una organización que sustituyera a la inaccesible OTAN y otra paralela a la Comunidad Europea, repitiendo paradójicamente proyectos de solución típicamente comunista y demostradamente ineficaces.

Chocó igualmente con la oposición del sector agrario radical (Partido de los Labradores, dirigido por Pawlak) al pretender —en un país en el que solamente la agricultura había sido salvada de la colectivización socialista— una política de redistribución igualitaria de la producción para remediar (más política que eficazmente) la pésima situación del pueblo.

WALESA creyó poder vencer estas contrariedades actuando con un poder personal arrogante, aplicando una miope política de «divide y vencerás», para librarse de competidores, que le enajenó aún más las voluntades de antiguos conmiltones.

Todos estos habrán podido ser errores de Walesa, pero lo hubieran sido de cualquier otro, probablemente. Pero no nos extrañemos. Polonia no ha vivido en democracia más que el brevísimo y conflictivo período de entreguerras, que culminó con el asesinato de un presidente (Narutowicz 1922) y el retorno a las dictaduras militares de Pilsudski, 1926-1930 y Rydz-Smigly, 1936-1939. Poco para el aprendizaje de un simple hombre del pueblo como era Walesa.

El problema de Walesa ha sido no haber sabido conformarse con el rol histórico que los tiempos le habían asignado. Él, que había sido un formidable conductor de masas en los tiempos de la oposición, siendo presidente ha luchado más contra un comunismo muerto que por la democracia naciente.

Y más por su pervivencia política personal que por la concordia necesaria para sacar adelante un país destruido. Y al final, la democracia misma, en unas limpias elecciones bien diferentes de las manipuladas que en 1947 hundieron al país en el bloque estalinista, ha despojado de gloria a su héroe y precisamente a manos de un hombre directamente procedente

del régimen contra el que luchó. En resumen, un mal político que falsamente apoyado en su anterior prestigio, ha topado ahora con un comunicador joven, competente y pragmático que se ha impuesto con poderío y brillo frente a su declinante carisma. Kwasniewski. ¿Quién es Kwasniewski?

Kwasniewski, un «apparatchik» adaptable

COMO muchos otros polacos del socialismo real, Alexander Kwasniewski (41 años), ministro del último gobierno comunista bajo el general Jaruzelski, es un mero «producto» (no causa) del sistema anterior.

Pragmático, no ideólogo. Oportunista versátil hasta la mendacidad, lo que puede ser indicio de «político» (pero no necesariamente de «estadista»), que no ha rehusado afrontar **la realidad** de la nueva situación jugándose el tipo con el peor enemigo posible. En su mensaje electoral, demócrata, prooccidental, moderado, sale conscientemente al paso de los recelos que su pasado suscita, y apunta hacia un nuevo estilo de gobierno menos lastrado por los prejuicios ideológicos.

Ante los electores más jóvenes, que han nacido a la conciencia política desde hace ya siete años sin sentir la opresión del partido único y la libertad coartada por la ideología comunista, Kwasniewski ha sabido presentar un futuro más ilusionante que el «anti», de Walesa. No lo va a tener fácil tampoco, porque sus ofertas electorales van a encontrar límite y cortapisa, tanto en la dificultad intrínseca de su cumplimiento como en las exigencias que como factura por la ayuda prestada le va a pasar su propio partido. Hasta qué punto será capaz Kwasniewski de contener a los «suyos» es, por supuesto, cuestionable. Pero no será el retorno al comunismo lo que va a estar en juego. ¿Cómo va a estarlo, a estas alturas? Será, sobre todo, una aplicación hasta hoy inédita en los países del antiguo bloque socialista— de la práctica del «spoils system» que ya en 1830 inauguró en los Estados Unidos el presidente Andrew Jackson y que ha sido repetido hasta nuestros días en todas partes. En definitiva, el reparto del poder. Ni más ni menos. Esto es lo que confiere a la elección polaca un cierto carácter **normal**, por encima de

las sospechas y vagos temores de algunos estamentos y gremios de aquel país.

Por lo demás, Kwasniewski se ha manifestado tan claramente en favor de la economía de mercado, de la integración en Occidente y de la descentralización, que ni siquiera en estos puntos le va a ser posible al partido socialdemócrata seguir las tendencias contrarias. Cuánto menos, cuando el presidente —que tiene en sus manos las riendas del ejército, la seguridad interior, la banca nacional y la política exterior (poderes que su antecesor preservó para sí tan celosa e inútilmente)— quedaría tan deslegitimado como lo estaba Walesa en sus últimos tiempos si con estos instrumentos torciera la voluntad popular.

Está por ver qué imagen de Polonia dará su nuevo líder ante los países occidentales, únicos de los que le puede llegar ayuda eficaz para la transformación del país. Esta es, aparte de cualesquiera otras, la mejor garantía de una cierta estabilidad para el futuro inmediato de Polonia.

La mala apuesta de la Iglesia polaca

LA actitud de la Iglesia durante el quinquenio de Walesa no ha sido completamente uniforme, sino que ha funcionado por reflejos de situaciones concretas. El creciente secularismo —también en Polonia— ha visto crecientemente en la iglesia polaca un arma política tradicional de enorme fuerza. Por lo mismo, amada, temida y odiada. No pocos de los católicos polacos, en número creciente, ven en la militancia política de la Iglesia un impedimento para la democracia o cuando menos un arma de dos filos. Ello no le ha impedido tratar de influir en el ánimo de los electores con orientaciones llamadas «negativas», que en el caso de las presidenciales que comentamos se convertían en demasiado positivas y explícitas. Por ejemplo, los católicos no debían votar a ningún candidato que hubiera tenido cargos en el Partido Comunista. Más claro, imposible. Y todavía peor, cuando a la actitud se añade la agresividad y violencia con que la emisora católica «Radio María» ha procurado desacreditar al candidato Kwasniewski, actitud que según

algunos comentaristas ha inclinado a no pocos católicos indecisos a votar contra Walesa.

Sin embargo, la actitud de la Iglesia frente al proceso electoral no debe ser observada unilateralmente. Es cierto que la Iglesia se opone frontalmente a la despenalización del aborto, como igualmente a la desaparición de la religión en las escuelas públicas, que había sido reintroducida en 1991 después de 45 años de comunismo. También, que es encarnizadamente contraria a otros fenómenos o actitudes que van contra la moral católica, como la educación sexual, homosexualidad o revistas y espectáculos en esa línea.

PERO no es menos verdadero que la Iglesia está siendo víctima de un agudo proceso de desprestigio por parte de los «mass-media» y de los sectores postcomunistas, conscientes de su fuerza, ahora acrecentada tras la derrota del «candidato» católico.

Y es que existen ya evidentemente dos Polonias: la católica y la laica. Hace tan solo diez años esta realidad era difícil de ver. Pero a diferencia de la clara división anterior (Polonia católica vs gobierno comunista), hoy día las fronteras están mal definidas. Las masas imponentes del movimiento «Solidarnosc» de los 80 se han fragmentado, el laicismo avanza socialmente a grandes pasos. En consecuencia la Iglesia está perdiendo fuerza popular, su enseñanza moral es ineficaz y ya no incide en la sociedad —sobre todo en los jóvenes—, entregados a todas las novedades de la «modernidad». Es tan patente este fenómeno que en el propio episcopado ha producido reacciones de división. Una parte de él, abandera el anticomunismo tradicional y aboga por una actitud más militante y dura al estilo del cardenal Wyszynski («O tempora...!»). Otra —el Primado cardenal Glemp entre ellos— siguiendo la perplejidad del momento, no ve clara la actitud deseable. Con razón se ha observado que la Iglesia no ha aprendido las lecciones de la historia, mientras sus adversarios, los ex-comunistas, parecen haberse puesto al día y haber leído mejor los signos de los tiempos.

José María